



Capítulo 267 - Es una larga historia.

El intenso aroma a hierbas y especias inundaba la pequeña cocina, mezclándose con el vapor que salía del caldero. Selene removía la sopa con aire pensativo, con el cabello recogido descuidadamente para evitar que le cayera sobre la cara. Su voz suave pero firme resonó por la habitación.

"Ya debería haber regresado..." murmuró, mirando de reojo a Katharina, que estaba sentada a la mesa mordiéndose las uñas con impaciencia.

—Lo sé —respondió Katharina, moviendo la pierna sin parar—. Pero es Vergil. Ya sabes cómo es. Desaparece sin avisar, regresa como si nada hubiera pasado y espera que lo aceptemos sin rechistar.



Selene suspiró, echando un puñado de hojas al caldo hirviendo. "Pero esta vez algo no cuadra. Su energía... antes de desaparecer, se sentía diferente."

"¡Lo sé!", refunfuñó Katharina, dando un golpe en la mesa. "¡Y esta maldita sensación de que algo malo está a punto de pasar no se me va de la cabeza!"

Mientras tanto, al otro lado de la habitación, Zuri, ahora en su forma humana, golpeaba furiosamente a un muñeco de entrenamiento. Sus potentes golpes resonaban por el espacio. Apretaba los dientes, el sudor le goteaba de la frente y respiraba con dificultad.



—¡Vergil, cabrón! —gruñó, asestando una patada al muñeco tan fuerte que casi lo derriba—. ¡¿Quién demonios desaparece así?! ¡¿Qué clase de amo irresponsable hace eso?! ¡Debería clavarte mi espada en la garganta en cuanto regreses!

Katharina puso los ojos en blanco, pero no se molestó en calmar a Zuri. La verdad era que, por muy enojada que sonara, solo estaba expresando lo que todos sentían.

Fue entonces cuando la habitación se oscureció por un breve instante. Las sombras en las paredes se retorcían como serpientes, y un vórtice de oscuridad se arremolinaba en el centro de la habitación. El aire se volvió más denso, como si algo colosal estuviera a punto de manifestarse.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, apareció Virgilio.

Su armadura negra brillaba con una luz inquietante; llamas púrpuras titilaban sobre su superficie metálica como si estuvieran vivas. Sus ojos fríos escudriñaban la habitación, analizando cada detalle como si nada hubiera cambiado.



Katharina se quedó paralizada, abriendo mucho los ojos al verlo. Se le cortó la respiración y abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra.

Selene, por su parte, dejó lentamente la cuchara en el caldero, entrecerrando los ojos mientras lo observaba. Percibía que algo en él había cambiado, pero no podía precisar qué.

Zuri, sin embargo, se detuvo a mitad del puñetazo. Sus ojos se abrieron de par en par al verlo, y entonces, sin dudarlo, giró sobre sus talones y marchó hacia él con los puños apretados.



¡Cabrón! —rugió, furiosa—. ¡Desapareciste sin avisar, nos dejaste aquí sin noticias, y luego regresaste con esta maldita armadura como si nada!

Ella levantó el puño, amenazando con golpearlo.

Vergil simplemente arqueó una ceja, observándola sin el más mínimo indicio de preocupación.

"Veo que me extrañaste", dijo con un tono irónico en la voz.

Zuri tembló, su rabia se desbordó, pero al final, en lugar de golpearlo, simplemente golpeó su puño contra su pecho, apretando los dientes.

"Idiota..." murmuró.

Selene se cruzó de brazos y suspiró. "Vergil... ¿Qué demonios te pasó?"

Sonrió levemente. "Es una larga historia."

Katharina, que aún no había dicho nada, finalmente se levantó, con los ojos brillantes de alivio y frustración. "Entonces será mejor que empieces a hablar".

Vergil los miró a todos, sin perder la leve sonrisa. "Como dije... me extrañaron."

"¡¡DOS HORAS!!!", espetó Katharina, con la voz llena de frustración.
"¡¡¡Estuviste fuera DOS HORAS!!!"





Su cuerpo tembló de rabia, y en un abrir y cerrar de ojos, su cabello se encendió. Llamas de color naranja dorado estallaron en furiosas oleadas a su alrededor, sus ojos brillaban como brasas.

—¡Tienes dos segundos para empezar a hablar antes de que convierta esta casa en cenizas, Vergil! —gruñó, mientras el fuego a su alrededor parpadeaba con su furia.

Vergil la observó, impasible, y luego arqueó una ceja. "Dos horas."

Katharina frunció el ceño. "¿Qué?"

—Dijiste que estuve fuera dos horas —murmuró, cruzándose de brazos—. Pero para mí... solo fueron veinte minutos.

Un silencio denso se apoderó de la sala. Selene entrecerró los ojos con sospecha, Zuri parpadeó sorprendida, e incluso Katharina dudó un instante antes de que su ira volviera a estallar.

¡Veinte minutos?! ¡Veinte minutos, ¿eh?! Dio un paso adelante, mientras las llamas a su alrededor rugían aún más. "¡Vergil, te estuvimos esperando DOS HORAS! ¡Estaba a punto de saltar por ese maldito portal y sacarte de dondequiera que estuvieras!"

Vergil suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Bueno... entonces supongo que debería explicarlo. —Miró a su alrededor y, al ver que todas las miradas estaban puestas en él, continuó—:





Entré en ese portal y terminé en un lugar que... bueno, no debería existir. Un espacio entre el Inframundo y el Reino de los Muertos.

Selene entrecerró los ojos. "La Dimensión de las Sombras".

Vergil asintió. "Exactamente. Allí me encontré con un dragón que me llamó 'Monarca' y me condujo a un trono. Sentado en él había una armadura vacía... pero no era una armadura cualquiera."

Katharina se cruzó de brazos, todavía ardiendo. "Ve al grano, Vergil. ¿Qué pasó?"

Él sonrió con suficiencia. "Lo tengo bajo control".

Con un movimiento despreocupado, levantó un brazo, revelando una cadena negra de energía que lo enroscaba como una serpiente viviente. El aura emanaba una frialdad inquietante, un marcado contraste con las llamas abrasadoras de Katharina. La energía de la muerte latía alrededor del metal oscuro de su armadura, envolviéndole el antebrazo como si fuera parte de él.



Los ojos de Selene se abrieron de par en par. "Eso es..."

—Energía de la Muerte —terminó Vergil—. Y, al parecer, puedo controlarla.

Sin previo aviso, chasqueó los dedos y la sombra debajo de él se estiró como zarcillos vivos, elevándose y retorciéndose antes de disolverse nuevamente en el suelo.

Los ojos de Zuri se abrieron de par en par, y su ira se transformó en pura fascinación. "Se ve genial".



Katharina, por otro lado, permaneció impasible. «Entonces... ¿qué más?», preguntó, como si obtener un nuevo poder no fuera nada fuera de lo común.

—Eso es todo. —Vergil se encogió de hombros—. Bueno, considerando que ahora poseo el poder del Caballero de la Muerte... sí, eso es prácticamente todo. —Sonrió.

"¿Y qué hay de esos bastardos corruptos?", preguntó Selene con ansiedad, recordando cómo esas criaturas casi la mataron.

"Ya he absorbido toda la Energía de la Muerte", dijo con una sonrisa tranquilizadora. "Nada volverá a atacarte".

Luego, volviéndose hacia Zuri, añadió: "Transfórmate en un pequeño familiar. Vienes conmigo".



Ella asintió y al instante se transformó en una diminuta serpiente de 10 cm, saltando sobre su brazo. "Ni hablar de que me quede atrás", murmuró.

—Está bien —se rió Vergil mientras la pequeña serpiente se deslizaba hasta su hombro.

—Vergil —llamó Selene, y él giró la cabeza—. ¿Sí?

"Cuidado con esa energía", dijo con un dejo de preocupación en la voz. "No parece algo muy ventajoso a largo plazo".

Sabes exactamente a qué me refiero. Selene envió su voz telepáticamente a Vergil.



"Tranquila", dijo Vergil con una sonrisa antes de tomar la mano de Katharina. "Volveré de visita". Su sonrisa se mantuvo mientras el círculo mágico bajo él comenzaba a brillar con un rojo intenso.

"Nos vemos luego", dijo con la mano antes de que Vergil se teletransportara.

Después de que desapareció

Selene sirvió la sopa en su tazón con movimientos lentos y precisos, observando cómo el líquido espeso caía del cucharón y se asentaba tranquilamente. El aroma era reconfortante, pero no suficiente para calmar el frío que sentía por dentro.

"Ese muchacho..." pensó, apretando ligeramente los labios mientras apoyaba el cucharón en el borde del caldero.

Se sentó a la mesa de madera, sosteniendo el cuenco en sus manos como si su calor pudiera disipar las preocupaciones que la asaltaban. El silencio en la casa era denso, e incluso el ocasional crujido de la leña ardiendo se sentía distante.

La energía que Vergil traía consigo... no era solo poder. Era algo más profundo. Más antiguo. Más oscuro. La muerte, en su forma más cruda. No como una transición, sino como un peso, una carga que se aferra al alma de cualquiera que se atreva a empuñarla.

Apareció como si nada hubiera cambiado, como si el brillo púrpura que ondulaba a través de su armadura fuera solo una elección de estilo. Pero Selene lo percibió. Su aura ya no era la misma. Era... demasiado silenciosa. Como una tumba.





Revolvió la sopa distraídamente, sin comer realmente. La energía de la muerte no era como las demás. No obedecía por respeto ni por miedo. Era una fuerza que susurraba, siempre hambrienta, siempre al acecho. Selene lo sabía mejor que nadie: había visto a magos enloquecer con solo tocarla.

"Aún no se ha dado cuenta... o está fingiendo." Sus ojos dorados se entrecerraron. "Probablemente esté fingiendo...", murmuró. "Después de todo... es imposible que no se haya dado cuenta de que... su sombra se ha convertido en una dimensión, ¿verdad?"

Vergil era fuerte, sí. Pero también orgulloso, impulsivo... y, sobre todo, protector. Y eso era lo que más la preocupaba. Porque el poder de la muerte amaba a quienes intentaban usarlo para un bien mayor. Se convertían en las herramientas perfectas. Primero para proteger, luego para juzgar... y, finalmente, para destruir.

Selene respiró hondo y finalmente se llevó la cuchara a los labios. El sabor era bueno, equilibrado. Pero aun así... vacío.

Ella miró hacia la esquina de la habitación, donde la sombra de Vergil aún parecía permanecer.

"Hmm... ¿Debería hablar con Tánatos? ¿Quizás podría ayudar a Virgilio? Nix, Tánatos, ni siquiera Perséfone o Hades ayudarían..." murmuró, antes de que su teléfono se iluminara con un mensaje.

[Chat grupal ~ Dioses retirados: Afrodita: ¿Hacemos una fiesta? ¡Hace tiempo que no nos vemos!]

